



LIBRO OCTOGÉSIMO

Desde el principio del pontificado de Inocencio XI en el año 1676, hasta la revocacion del edicto de Nantes en el de 1685.

MIENTRAS hacia el Evangelio los progresos mas maravillosos entre los salvages, una delicada doncella, que apenas habia salido de la infancia, dió al mundo cristiano el espectáculo de un triunfo de la gracia, no menos maravilloso y digno de notarse. Esta doncella extraordinaria nació en Paris el año 1649, de padres ilustres, que obtenian las primeras dignidades de la corte, pero cuyo nombre no puede pronunciarse con una certeza absoluta, aunque se ha dicho con bastante verosimilitud que era el de Montmorenci. Por el año 1666 perdió esta casa una señorita como de unos quince años: creyó que la habian robado, y que no podria dar noticia de su paradero; y cabalmente en esta época fué quando la virgen magnánima de que tratamos, y que tendria la misma edad de catorce á quince años, se escapó del seno de su familia para libertarse de un matrimonio contrario á la consagracion que habia hecho ya de su persona al divino Esposo. Por la correspondencia de su director, el P. Lucas de Bray, franciscano encargado de la parroquia de la Trinidad de Chateau-Fort, cerca de Versalles, y particularmente por la carta quinta del P. Bray, vemos que todas las personas que tenian con ella parentesco de consanguinidad ó de afinidad, le tenian tambien con la casa de Montmorency; pero á este Padre se le habia descubierto el secreto bajo

el siglo de la confesion, y jamás creyó que podia revelarle. Despues de haber hecho la familia todas las diligencias posibles sin averiguar cosa alguna, temió dar mayor publicidad al imaginado raptó, y juzgó que el mejor partido era sepultar en profundo silencio un asunto de aquella naturaleza.

Despues del sacrificio de su apellido, no quiso ser conocida con otro nombre que con el de Juana Margarita, que habia recibido con la gracia del bautismo. Desde que empezó á tener uso de razon, derramó Dios sobre aquella alma privilegiada las mas abundantes bendiciones; y correspondió á ellas con tanta felicidad, que no solo habia adquirido una piedad verdadera, sino tambien una virtud varonil y magnánima en la edad en que apenas saben las demas niñas las obligaciones del cristiano. Luego que conoció la escelencia de la virginidad, consagró para siempre la suya al Señor; á lo menos es seguro que hizo voto de guardarla, antes de cumplir los catorce años, en cuyo tiempo empezaron á hablarla de matrimonio. Ya se echa de ver que fueron inútiles todas las instancias de sus padres. La enviaron estos á pasar una temporada á casa de una tia cuya virtud respetaba, y que tenia mucho ascendiente sobre ella. La jóven, que habia formado ya su resolucio, mostró menos resistencia á estas nuevas solicitudes, y entre-

tanto practicaba sus ejercicios piadosos con mas frecuencia que nunca. No la contradecia la tia, esperando que tal vez podria irle reduciendo poco á poco; y tuvo la condescendencia de permitirle que fuese en peregrinacion al monte Valeriano. Despues de renovar alli su voto al pie de la cruz, rogó al divino Esposo con muchas lágrimas que la librase del peligro de serle infiel en ningun tiempo, y la inspirase el modo de vivir en lo sucesivo como esposa desconocida y crucificada con él, entregando en sus manos su cuerpo y su alma y abandonándose para siempre al cuidado de su Providencia. Lleno su ánimo de estos pensamientos, y abrasado su corazon con los ardores que le encendian, deja las estaciones sagradas, y dirige sus pasos inciertos hácia el bosque de Boloña; pero apenas llegó á la abadía de Longchamp, sintió fuertes deseos de entrar en la iglesia. Allí despide por un buen rato á los que la acompañaban, diciéndoles que la faltaba todavia mucho que rezar; y luego que ve que han desaparecido, entra por otro lado en la parte mas solitaria del bosque. Iba sin saber adonde por una senda escusada, y encontró una pobre muger que la pidió limosna. Forma su plan, é inmediatamente le pone en ejecucion. Trocó los vestidos con aquella mendiga, la dejó su trage y sus joyas, se puso sus andrajos, y se embadurnó con tierra la cara y las manos para desfigurarse en cuanto fuese posible. Despues se dirige á la parte opuesta al lugar en donde debian hacerse las primeras pesquisas, y camina de dia y de noche hasta una campiña situada cerca del Sena, mas arriba de Paris. En este estado la encontraron unos eclesiásticos caritativos, que compadecidos de sus pocos años, y deseando evitar los peligros á que á pesar de sus andrajos estaba espuesta por su hermosura, la pusieron á servir en casa de una muger rica y de arregladas costumbres. Era una devota, muy regular en su propia conducta, pero mucho mas rígida con los demas; intratable, im-

periosa, de genio áspero y descontentadizo, de suerte que no habia criados que pudiesen sufrirle. Juana entró en clase de doncella; pero como ningun criado paraba en aquella casa, no tardó en hallarse, á la edad de quince años, sirviendo de doncella, de cocinera y aun de lacayo. Además de su ardor por la cruz y la penitencia, la agradaba esta mucho mas, porque asi vivia sin testigos, y era mas difícil que se descubriese el secreto. Sufrió con una afabilidad inalterable hasta la muerte de su ama, esto es, por espacio de nueve á diez años, todos los trabajos, contradicciones, caprichos y desaires imaginables; de suerte, que al fin se halló tan confundida aquella ama intratable, que la pidió perdon públicamente en el artículo de la muerte, y se empeñó en recompensarla con una gratificacion de cuatro mil francos, además de su salario, del cual no habia percibido casi nada. No sabia Juana qué hacer de tan grande cantidad. Pero por mas que reclamó, y por mas empeño que hizo en rehusar semejante liberalidad, la moribunda insistió con mayor eficacia, y mandó formalmente á su heredero que obligase á Juana á recibir la suma completa, que con el salario ascendia á seis mil francos. En efecto, la obligó á recibirlo todo; pero en el mismo dia lo distribuyó ella entre los pobres, á escepcion de una corta cantidad de su salario.

Apenas reflexionó la virtuosa desconocida las consecuencias de una liberalidad tan extraordinaria en una criada, echó de ver el peligro que resultaba de ella contra la oscuridad en que tanto deseaba vivir sepultada, y resolvió evadirse de él al momento. Volviendo del entierro de su ama, y pensando únicamente en los medios de ejecutar su resolucio, vió que pasaba el barco para Auxerre. Entra en él al instante, llega á esta ciudad, y encuentra la proporcion de ponerse á servir en casa de un artesano distinguido y muy honrado, que era á un mismo tiempo carpintero y escultor. El cielo llevaba de la mano, por decirlo asi, á

esta alma privilegiada; y en cada habitacion que la señalaba, la disponia sucesivamente á cumplir todos los desiguas que para con ella tenia su Providencia.

Estaba tan adelantada en el dibujo, que era muy útil á su nuevo amo; pero allí aprendió á manejar el cepillo y el cincel, por consejo de un prudente confesor del orden de San Benito, á quien habia comunicado su proyecto de vivir siempre retirada del trato de los hombres, y le dió á entender lo mucho que podian servirle estas ocupaciones. En la misma casa aprendió tambien á hacer relojes de madera. Sin embargo, no estuvo mas que un año en Auxerre, y como pasado este tiempo hubiese muerto su confesor, no encontró á quien poder manifestarse, y se volvió á Paris, donde esperaba hallar mas auxilios para la piedad. No temió ser conocida en aquella capital, ya con la mudanza de trage, y ya tambien con la alteracion que en el discurso de tantos años habia padecido su fisonomia. Antes de ponerse en camino dió á los pobres el dinero que tenia, é hizo este segundo viage pidiendo limosna. Estuvo algún tiempo en Paris confundida con los pobres mendigos, y únicamente ocupada en ejercicios de piedad y de penitencia. No pedia diariamente mas que lo que necesitaba para mantenerse en aquel mismo dia. Estando un dia á la puerta de una iglesia, pidió humildemente limosna á la maestra de niñas de Chateau-Fort, doncella piadosa y caritativa, instruida por el P. Lucas de Bray. Hay una especie de simpatia entre las almas que son totalmente de Dios. Luego que vió la virtuosa maestra á aquella jóven y modesta mendiga, se sintió muy enternecida y creyó advertir en ella alguna cosa extraordinaria. Se detuvo, la hizo varias preguntas, y entre otras la preguntó si mendigaba por causa de enfermedad. Juana no respondió otra cosa sino que creia seguir la voluntad de Dios, obrando de aquella manera. Esta respuesta agradó á la maestra, y aumentó su compasion. Dijo, pues,

á la mendiga, que segun el estado de debilidad en que la veia, podria aprovecharla el aire del campo, y la propuso si queria irse con ella. Tenia Juana noticia del merito del P. Bray, el cual iba de cuando en cuando á Paris á hacer exhortaciones privadas á las religiosas con una energia que las edificaba singularmente. Con el deseo de oírle y de tomar sus consejos, consintió en acompañar á la maestra de Chateau-Fort.

Aquí fué donde tomó la ilustre Juana la resolucion de vivir, no solo desconocida al mundo, sino crucificada para el mundo, y separada de todo trato del mundo. Sin embargo, el Padre desaprobó al principio que la maestra de niñas se hubiese encargado de aquella desconocida, «la cual no será extraño (la hija) que se burle de usted, como lo han hecho otras muchas aventureras.» — «No, Padre mio (le respondió), nada hay que temer con respecto á esta. Le agradará á Vd. cuando la vea. Su fisonomia tiene algo de sobrenatural. Parece un ángel en el semblante y en el recogimiento. Es imposible que no le cause á Vd. la misma impresion que á mí.» En efecto, luego que la habló, la miró como á un ángel vestido de cuerpo mortal, trató como padre á su hija en Jesucristo, y se encargó de su direccion humillándose delante del Señor que ponía á su cargo un alma tan preciosa. No se sabe cuánto tiempo estuvo en Chateau-Fort ó en sus inmediaciones; pero se detuvo bastante para conocer el merito del P. Bray, de quien hizo entera confianza, continuando del mismo modo despues de su fuga al desierto, y mientras vivió este virtuoso director. Mucho tiempo le habló de la inclinacion que tenia de retirarse á una soledad ignorada de todos los hombres, sin poder reducirle jamás á que aprobase este pensamiento. Pero fué acometido de una enfermedad que todos creyeron mortal y duró mucho tiempo, de suerte que se vió precisada á buscar otro confesor. Desprendida entonces del P. Bray, y llevada mas que nun-

ca del espíritu de Dios, que por decirlo así, queria hablarla al corazón con una entera libertad, marchó en busca de una soledad ignorada de todos los hombres. Cerca de dos años estuvo sin fijarse en ninguna, y recorrió varias provincias y ocupó sucesivamente dos soledades que no distaban mas que treinta leguas una de otra, y la última estaba á diez leguas de los límites de España, y á cuarenta de Nuestra Señora de Monserrat, celebre santuario de Cataluña, que visitó esta solitaria; y por consecuencia aquel desierto no podía menos de estar en los Montes Pirineos, hacia la parte oriental de su vasta cordillera.

La solitaria de los Pirineos tenía como unos cuarenta y cinco años cuando se fijó en el lugar silvestre, á que da en sus cartas el nombre de soledad de las Rocas. Era esta un pequeño espacio, de figura pentágona, rodeado de cinco rocas, que formaban una especie de cruz, y hacían el centro inaccesible, ó á lo menos invisible. Del pie de una de estas rocas, mas elevada que las otras, salía un manantial de agua muy buena, y la parte superior formaba como un observatorio para descubrir los curiosos que quisiesen acercarse allí. Habia abajo tres grutas: una era un subterráneo tortuoso y muy profundo, que destinó para celda, y las otras la sirvieron de capilla. Esta soledad distaba media legua larga de todo camino, y estaba cercada de un bosque tan espeso y de tanta maleza, que con mucha dificultad se podia penetrar en ella. Sin embargo, la intrepida solitaria no encontró allí fieras, á no ser un oso el cual pareció tener mas miedo que ella; pero habia allí abundancia de ciervos, gamuzas y conejos, y algunos arbustos que daban una fruta bastante parecida en el color y en el gusto á las endrinas. Las rocas estaban cubiertas de nisperos, cuyo fruto era muy grueso y de buen comer. El frío no era excesivo aun en el rigor del invierno, y el calor tampoco se hacia sentir demasiado, pues le templaba la frescura

de las rocas y bosques que le rodeaban.

Aquí fué donde hallándose absolutamente sola con su divino Esposo esta fervorosa esposa de Jesucristo, quedaron satisfechos todos los deseos de su corazón. Libre del cautiverio del mundo, cantaba los beneficios de su libertador con la misma alegría que Israel cuando salió de la tierra bárbara de Egipto ó de Babilonia. Todos sus pensamientos, todos los movimientos de su corazón eran raptos de amor y ternura para con el Señor, que ocupaba toda la capacidad de su alma. Cuando en sus cartas se ve la expresion de estos sentimientos, no puede menos de sentirse alguna chispa del fuego divino que la consumia.

La quedaba todavia alguna dificultad en cuanto á la frecuencia de sacramentos, y á la misa en los dias de precepto. Este último artículo fué el que menos la incomodó, pues en las inmediaciones del bosque habia dos abadías, una de hombres á un lado, y otra de mugeres á otro. Para hacerse menos notable, iba unas veces á una y otras á otra para oír misa en los dias de fiesta. Se proponia tambien buscar confesor en la abadía de hombres; pero allí encontró lo que no buscaba (así se explica ella misma en sus cartas), y no encontró, á lo menos al principio, lo que buscaba; porque despues acudió de cuando en cuando á uno de aquellos religiosos, llamado Laumonier, y quedó muy contenta. Hizo nuevas diligencias, y encontró allí cerca un buen párroco de cincuenta y ocho años de edad, el cual oía sus culpas, y no se metia en mas. Conoció entonces que tenia necesidad de consejos, y recurrió á las instrucciones del P. Bray, á quien escribió temblando, y por un medio indirecto, porque temia que hubiese muerto. Esta carta, que tiene fecha de 12 de enero de 1693, es la primera de su correspondencia, que duró hasta el fin del año 1699, en que murió el P. Bray. La solitaria se valia de un traquinero, hombre sencillo y seguro, para que llevase las cartas y trajese las respuestas; y con algun

poco de dinero que su caritativo director solia enviársela tal cual vez, compraba las cosas absolutamente necesarias que no podia adquirir de otro modo, como algunos instrumentos del arte de carpintero y escultor, que servian para diversificar sus ocupaciones, agujas, hilo y algunos retazos de tela para componer el vestido, que aunque era sencillo, estaba siempre aseado cuando se presentaba en la Iglesia. En cuanto al alimento, iba dos dias á la semana á pedir limosna á las dos abadias inmediatas, hasta que se acostumbrió á no comer pan. Entonces ya se alimentó solamente con raices y frutas silvestres, como ciruelas, cornizolas, nísperos, servas, fabucos, castañas y avellanas; y aun creía que estas malas provisiones la proporcionaban una abundancia que la quitaban el mérito de la pobreza.

¿Qué situacion tan horrorosa la de una muger absolutamente sola y sin abrigo, en especial durante la noche, en medio de una selva en que no se oian mas que las carreras y los ahullidos de mil animales silvestres (1)! Y aun en los dias mas despejados, ¿qué mayor tormento que la displicencia y tedio que causa la soledad continuada por semanas, meses y años enteros? ¿Qué se ha de hacer un dia y otro dia entre cuatro peñas, desde que sale la aurora hasta que se pone el sol? Pero si el hombre animal no concibe las cosas de Dios, muestra feliz solitaria, libre ya de la ilusion de los sentidos y casi participando ya de la condicion de los puros inmortales, pasaba tres y cuatro horas, y algunas veces dias enteros, abismada como un serafin en la contemplacion del bien Supremo, y sumergida su alma en un océano de delicias. Sin embargo, hallándose muy distante de tentar jamás al Señor, y de contar con unos favores de que se juzgaba sumamente indigna, se habia prescrito un método de vida que observaba con puntualidad, cuando los raptos del amor divino no embelesaban su alma

(1) Carta del 17 de octubre de 1694.

hasta enagenarla de todo punto. En todo tiempo se levantaba á las cinco, hacia oracion hasta las seis, y la concluia con la hora de prima; despues de lo cual, si no iba á misa, la oia en espíritu, y leia algunos capitulos de la sagrada Escritura, hasta las ocho. Luego trabajaba como unas dos horas, ya en componer sus ropas, ya en la carpinteria ó en la escultura, ó ya en cultivar un jardinito que habia formado cerca de su habitacion. A las diez rezaba tercia, sesta y nona; despues se ponía en presencia de Dios á los pies de un Crucifijo, para examinar sus faltas y menores descuidos, sus intenciones, su correspondencia á la gracia y sus progresos en los caminos de Dios, con toda la exactitud y severidad que se puede presumir de una alma tan pura. Se imponía penitencias por todo lo que en su concepto podia mirarse como falta. Estos ejercicios duraban dos horas. Al medio dia tomaba su refaccion, que era la única comida que hacia en todo el dia; y despues una especie de recreo, que consistia, cuando el tiempo estaba bueno, en pasearse encima de las rocas, admirando la grandeza de Dios en las obras de la naturaleza, y cantando algunos cánticos. Luego leia por lo comun en la Imitacion de Jesucristo, y en seguida hacia una deprecaion afectuosa, en que esponía á Dios sus necesidades, sin pedirle otra cosa mas que el cumplimiento de su divina voluntad, y volvía á tomar el trabajo de manos hasta las cuatro. Entonces rezaba visperas, y luego el rosario con meditaciones ó contemplaciones que duraban hasta las ocho, en cuyo tiempo visitaba un calvario que habia formado ella misma, y cumplía las penitencias que se habia impuesto. A las nueve se retiraba á la gruta que le servía de celda, la cual entarimó despues por consejo de su director á causa de la humedad. Hacía oracion y el examen ordinario de conciencia, y despues se acostaba para descansar hasta las once. Entonces se levantaba para rezar maitines (que los sabia de memoria), y para meditar ó contemplar hasta las dos de la

mañana. Hecho esto, volvía á acostarse hasta las cinco. Para su gobierno en esta distribucion de horas habia hecho un reloj, cuya campana era tambien de madera. Tenía la santa solitaria una habilidad prodigiosa para todas las labores de manos.

Madama de Maintenon, que estimaba mucho al P. Bray, y solía confesarse con él, heredó de este religioso un Crucifijo de madera de serval bravío, todo de una pieza, que habia hecho para su director aquella solitaria maravillosa y que causó admiracion á los mas hábiles artistas. Esta alhaja inestimable por tantos títulos, fué regalada á las capuchinas de Paris, en cuyo convento se veía todavia en 1789 con el título de su autenticidad, aplicado en caracteres muy legibles al reverso de la cruz. No sucedió esto con las cartas de la solitaria que tambien heredó madama de Maintenon, pues por mas diligencias que se han hecho para descubrir los originales, no ha podido conseguirse hasta ahora; pero tenemos copias, en las cuales se advierte por punto general un carácter de verdad que persuade á los criticos mas severos, y que no podría haber imitado el impostor mas hábil. Era indispensable haber pasado por los caminos extraordinarios y sublimes que se espican en estas cartas, para tratarlos con la unción y energía, y al mismo tiempo con la exactitud y sencillez que se advierten en ellas.

Además del Crucifijo trabajado para el P. Bray, hizo la solitaria otros tres para su soledad: uno pequeño de seis pulgadas, que llevaba siempre consigo oculto en el pecho; otro de tres pies, que habia colocado en la celda, para hacer en su presencia los ejercicios diarios de devocion; y el último de seis pies de alto, hecho del tronco de un tilo. Este le habia colocado encima de una eminencia rodeada de peñas, que la representaban el Calvario. Las demas cosas que poseía (segun la relacion que hizo la misma solitaria al depositario de todos sus pensamientos), estaban reducidas á

una Biblia, con un compendio de la Vida de los Santos (1): una *Imitacion de Jesucristo* (el Kempis), con un librito intitulado *Relej del corazon*, y algunos papeles sobre la devocion al Santísimo Sacramento, un breviario romano, por el cual rezaba habitualmente, y tenía la satisfaccion de entenderle, porque habia aprendido el latin: un cuchillo pequeño y otro grande que servía de podadera; dos cinceles, dos gubias, dos berbiquies, dos taladros, dos cepillos, una sierra, un martillo y un banco; algunos centenares de alfileres y agujas, hilo blanco y negro, un par de tijeras y un dedal de cobre; dos escudillas, un jarro y un vasito, todo de madera; un saco, un cilicio y dos disciplinas; siete camisas de lienzo, que solo se las ponía para salir, dos de estopa y una de sarga parda; dos sayas, dos corsés, un manto, dos tocas de tafetan, seis de lienzo, un par de guantes, dos de medias de color gris, dos pares de zapatos y cinco gorros, tres de lienzo, uno de sarga blanca y otro de pieles. Solo usaba de este en la soledad, y andaba siempre descalza. Una pañoleta, seis pañuelos de lienzo, un escapulario de la orden tercera de San Francisco, en la cual estaba admitida; un velo, algunas varas de cinta casera para atarse el pelo, que le tenía muy largo, dos peines y un espejito para peinarse cuando habia de salir.

Estos eran todos sus bienes, los cuales prefería ella á los de los reyes. Gozaba de la santa oscuridad de su retiro, cuando el cielo, para desprender su corazon aun de las delicias mas inocentes, permitió que se descubriese casi enteramente el lugar en que habitaba. Sus apariciones en las iglesias inmediatas, donde se la veía absorta en Dios, y mas semejante á un ángel que á un mortal, habian inspirado los mas vivos deseos de conocerla. Por mucho tiempo se la habia mirado, ya como una estrangera desgraciada y reducida á abandonar

(1) Carta tercera al P. Bray.